

Hacia otra Tierra Nueva

Nuestra realidad diaria se nos va ahuecando y desmedulando de lo sustancial, en la misma medida en que, por falta de cultivo del espíritu, que es lo que confiere dignidad y personalidad al hombre, descuidamos nuestro necesario enraizamiento religioso en lo sobrenatural.

La vida humana está como situada en dos planos de realidad sobrepuestos: uno, el tangible y material, con el que nos relacionamos por medio de nuestros sentidos; otro, el religioso, con el que la fe del espíritu, y la caridad, y la esperanza cristiana, nos mantienen en comunicación constante. El primero de ambos planos reales de nuestra existencia, es efímero, mudable, y en muy buena parte puramente imaginario; sólo nuestra decidida voluntad le da, durante un breve plazo, la forma y consistencia que nosotros queremos y los demás nos dejan. En cambio, el plano de la realidad sobrenatural, es eterno, seguro; su consistencia, su verdad están respaldadas y garantizadas por Dios, y no por nuestro capricho tornadizo.

Por eso toda la realidad de nuestra vida natural, está subordinada a la realidad eterna en que se desenvuelve la actividad y el destino inmortales de nuestro espíritu. Es así como el repliegue del hombre sobre las puras circunstancias materiales y sensibles de su vida, a manera de la contracción de esas pequeñas medusas marinas semejantes a flores, le desarraiga y aísla de su manantial vivificante; y el hombre apenas sin contacto ya con sus eternos fundamentos, pasa a ser este embrutecido y macizo hombre masa, incapaz de elevarse sobre lo estrictamente material, que va y viene con agitada monotonía por todas las capas y rendijas de nuestra sociedad.

Hombre que ya no recibe de su propio interior las razones que orientan, desarrollan y modifican su personalidad, su carácter; sino que pasa a recibir inerte, como un muñeco, todos sus estímulos y reacciones, del medio social en que vive. Es el hombre sumergido en la atmósfera asfixiante y raquítica de la clase social que mecaniza e indiferencia la independencia del espíritu, fabricando hombres que sienten, piensan, juzgan, aman y hasta creen, en serie, como máquinas automáticas. Burgueses y proletarios, hijos de su ambiente, incapaces de remontarse en muchas cosas —para no entrar en conflicto con las costumbres que los tiranizan—, hasta las regiones donde la libre autonomía del hombre decide gallardamente a todas horas los rumbos de su destino individual.

Será interesante observar cómo se produce esta superposición de realidades vivas dentro del hombre, en cualquier momento ordinario de nuestra existencia. Quizás este experimento nos ayude a conseguir una perspectiva realista, estimulante y dinámica, del sentido de nuestra vida espiritual, que no consiste en otra cosa, sino en vivir habitualmente sumergidos en Dios.

Tomemos una circunstancia trivial cualquiera. El viaje de cada mañana al trabajo, en el tranvía o en el metro. En ese preciso momento, bajo tierra, sin ir más lejos, entre estación y estación, los hombres de la ciudad podemos asomarnos con toda naturalidad al infinito. Detrás de los ojos de cualquier cara, bonita o menos bonita, que miramos distraídamente enfrente; de los de cada rostro de hombre o de muchacho apiñados alrededor, se mueve un alma inmortal. Y Dios, como la luz eléctrica amarillenta y el estrépito del coche, está sobre todos. Incluso dentro de algunos: de los que con un corazón recto buscan la verdad, y ya la verdad los hizo libres.

Este puñado palpitante de vigorosos destinos en marcha hacia una eternidad, que cada uno estamos moldeando libremente a nuestro arbitrio; sorprendidos así, viajando con Dios precisamente en el coche del tren subterráneo; unidos, en un instante fugacísimo, lleno de indiferencia mutua, en el ramillete multicolor de nuestras aventuras inmortales; camino de la serie final de sorprendentes desenlaces de los que algún día, no tan remoto, tendremos conocimiento cumplido, viene a constituir por sí solo un efecto emocionante y muy real, de calidad cinematográfica indiscutible.

Aunque no podamos descubrirlo en ese momento, hay en tal confluencia de un grupo cualquiera de vidas humanas insolidarias, todo un prolongado arrastre de situaciones apasionantes, conmovedoras. ¿Qué cadena de recuerdos, ya borrados algunos, otros tan recientes que casi son las decisiones de la vida cotidiana misma, han ido haciendo de cada uno quien es? ¿No pudimos ser cada cual otro enteramente distinto? ¿Y los que pudieron venir con nosotros en este mismo trayecto, erguidos, mirando fijo enfrente a ninguna parte; pero hicieron otra cosa, o regresaron ya a Dios hace pocos días?

De cualquier modo, si todos nos pusiéramos a descifrar de golpe ante los demás los actos de amor con que Dios ha ido tejiendo precisamente esto que somos, con ternura y paciencia infinitas; e hiciéramos un rápido recuento de nuestras obras de cooperación acertada con la voluntad de Dios sobre cada uno, y de la cantidad de veces que destruimos por entero el ideal que el Señor se había forjado al crearnos...

Desde luego, igual que se nos ocurrió fijar nuestra atención sobre este grupo apretado de personas, pudimos haber observado a los reunidos en un Consejo de Ministros, que siempre estarían más holgados, y también transparentan sus almas inmortales detrás de la mirada; o a un grupo de trilladores, camino de la parva; o a la tripulación de una motora de pesca. Si elegimos esta situación, fue al azar, sin ningún motivo preconcebido; quizás porque nos resulte más familiar que otras. Pero lo que nadie podrá negarnos, es que este racimo ocasional de vidas humanas tiene ahora una significación infinitamente más alta que la cara aburrida que todos estamos mostrando mientras corre el vagón, o que el valor del puñado de pesetas que a la mañana siguiente, a cambio de nuestros billetes, contabilizarán los empleados administrativos de la Compañía. Y es porque hemos dado la vuelta a nuestros compañeros de viaje, y les hemos visto las raíces que les tienen clavados en la realidad. Lo cual siempre es aleccionador.

La verdad es que ninguno vamos pensando, en ese momento, en que estamos protagonizando un papel activo en la Cruz de Cristo. Unos, gustosos; otros airados; los demás inconscientes.

Podemos notar una diferencia simplicísima entre lo temporal y lo eterno. De una parte, Dios, con todo lo que en una u otra forma está in-

corporado ya a Dios, o rechazado por Dios para siempre, se manifiesta en un plano de existencia que tanto vale decir que es eterno, como que es instantáneo. No sufre mutaciones, ni experimenta alteración alguna, ni procesos de desarrollo en su condición. El tiempo, en cambio, es a manera de un acuario, que entre otras funciones de menor interés, desempeña la de permitir que los hombres vayamos describiendo con toda espontaneidad, y debidamente advertidos por nuestra conciencia, pero en condiciones de libertad plena, los cambios y evoluciones que permitan formar juicio a Dios acerca de nuestra decidida reacción personal frente al destino eterno hacia el que El nos proyectó al crearnos.

¿Acepta, o rechaza cada hombre el plan de Dios sobre la humanidad y sobre sí mismo? Dada la conveniencia de que el hombre merezca y elija, por su propia decisión, esa compañía íntima y enamorada a la que el Amor Eterno le invita a sumarse, no ya como siervo, sino como amigo fiel, ¿cuál es la espontánea respuesta que arroja la vida entera del hombre? Dios pone al hombre en el tiempo. El hombre, pues, crece, se forma, lucha, construye su vida; se carga de años, de los recuerdos que hacen su propia historia; se va quedando hecho hijo de sus obras, y cuando ya, agotadas sus oportunidades, lleva bastante bagaje encima para ser juzgado, Dios le llama de nuevo.

Ya del otro lado, desde la orilla de la eternidad, Dios y el hombre miran la vida del hombre a través del cristal éste del tiempo. Y el hombre mismo comprende con toda claridad, desde ese instante sin término en el que ya se encuentra sumergido, si el desenlace propio de su vida, llena de amor hacia sus hermanos, por amor y temor del Bien infinito, es el abrazo total con su Dios; o si es sólo la huída espantada del Rostro de Yahvé, ante el montón de basura que arroja la contemplación súbita del proceso de su vida, que produce asco al Altísimo.

Desde esa perspectiva —que el que quiera puede decir que la rechaza: se le sigue viendo lo mismo a través de la vitrina—, el conjunto de nuestras miradas de indiferencia, un poco imprecisas en esta escena que nos tiene reunidos en los minutos escasos del trayecto, mientras se nos sigue asomando a cada uno el alma inmortal detrás del brillo de los ojos, puede cobrar de pronto un alucinante vigor expresivo. Porque un buen puñado de hombres y de mujeres, con algunos chicos que van al colegio, o a hacer útil a la casa su mono prematuro de aprendiz, pone en evidencia siempre cuando se reúne en cualquier parte, el misterioso trasfondo de lo eterno, sobre el que se van proyectando los rasgos y el perfil de la fisonomía definitiva que, dentro de las posibilidades que Dios nos da, elegimos gradualmente cada uno.

¡El sacrificio del Señor Jesús! No pensamos casi nunca en que estamos viviendo acampados todos en los alrededores de la Cruz donde Cristo muere por nuestro pecado: por hacernos libres; libres de ser otra vez los amigos de Dios. No hay más historia de la humanidad, que ésta: el pecado de la humanidad, y su redención por Cristo Jesús. La historia de cada hombre, es ésta misma: mi pecado, y mi redención por Cristo Jesús. Lo demás, ¿qué son sino detalles, a la larga, frente al infinito; detalles apenas sin importancia; puntos de referencia; medios y caminos que sólo sirvieron para llegar a término, o para no llegar, y nada más? Todo, menos el amor, claro está; porque el amor verdadero, este que tiene sus raíces en Dios,

permanece para siempre. Aunque si somos capaces de amar ya para la eternidad, ¿dejará de ser porque en la Cruz de Cristo hemos elegido abiertamente un puesto que nos hace agradables a los ojos del Padre de los hombres?

LA CRUZ DE CRISTO, CAMPAMENTO HUMANO

Un momento: pensemos en esto a lo que hemos venido a parar. Tenemos ya elementos de juicio suficientes para hacernos una idea acertada de lo que está ocurriendo en el sacrificio del Santo de Dios. Aunque El se ha introducido en el tiempo, para hacerse uno con nosotros, uno más, y arrastrar nuestros corazones con su enseñanza y con su ejemplo, sublimes como no pudo sospecharse en la vida de ningún hombre; e incluso muere en una hora y en un día precisos, a una edad exacta, entre gentes contemporáneas suyas, cuyo testimonio podemos examinar todavía, a través de los siglos, en los documentos originales en los que se expresó entonces, Cristo sigue siendo siempre el Verbo Eterno del Padre.

Desde nuestra orilla, vemos el acontecimiento histórico enclavado dentro de su tiempo. Desde la perspectiva de Dios, vemos al Verbo Encarnado consumir la Redención de los hombres, en un único acto, que resulta simultáneo con toda la trayectoria individual de cada persona, y con el curso de la humanidad entera. Cada uno de nosotros, sumergidos ahora en estas especiales dimensiones del tiempo, coincidimos vitalmente con el Sacrificio que el Señor está ofreciendo por nosotros, mientras lo consume en la Cruz. No es que lleve ya durando veinte siglos; o sí es eso, como se prefería. Según desde donde le miremos. Lo que ocurre es que veinte siglos a los Ojos de Dios, veinte siglos ante la Cruz del Señor, no son nada. Tiene el mismo sentido hablar ante Dios de un instante, o de diez milenios.

Cristo está padeciendo y muriendo, para destruir todo el pecado de la raza humana: los pecados de todos y cada uno de nosotros. Esto es lo que aceptó en la Oración del Huerto, tal como la conmemoramos en esa Hora Santa tradicional del Jueves Santo. Bebió, hasta la embriaguez horrible, no sin antes sudar sangre, de espanto, todo el fruto de nuestra infamia; y se hizo infame con lo nuestro y por nosotros, siendo la Santidad misma de Dios, para que nosotros no fuéramos deshechos y apartados para siempre de nuestra felicidad. Y la cólera de Yahvé, en vez de destruirnos, la vida que aplasta es la de su Siervo Jesús, el primogénito de la nueva raza, dejándolo muerto, roto el cuerpo, en un desamparo absoluto; clavado con garfios que desgarran el Cuerpo Sagrado, del que se separa mortalmente el torrente de la Sangre Adorable que besan los ángeles y santifica a las generaciones de los hombres, sobre unas toscas maderas cruzadas.

Este símbolo es el signo que los cristianos llevamos tatuado ya para la eternidad encima de nuestro brazo. No olvidemos que ahora necesitamos vivir de símbolos; todavía no sabemos contemplar la verdad cara a cara. Estamos en pruebas. Aún no se puede saber si hemos salido bien, o no quisimos servir. Pero todo esto es así, sobre la Cruz de Cristo.

Lo cual es ya más fácil de ver. Cristo y los hombres formamos una unidad orgánica, viviente de la vida sustancial de Dios, que está embalsada en plenitud en Cristo, el Hijo de Dios por naturaleza, y que se difunde en los redimidos mediante nuestra participación en Cristo Jesús. Hemos advertido ya la simultaneidad, por encima del tiempo, del acto de amor en que el Mayor entre la muchedumbre de nuestros hermanos, muere redimiéndonos, con la proyección total de la historia humana. De ahí que, al

estar dividida toda esa historia de la humanidad a lo largo de su desenvolvimiento, en dos ciudades que perpetuamente se mueven guerra, en dos razas que luchan sin descanso, nada puede sorprendernos el hecho de que sea en la Cruz de Cristo donde tenga lugar exactamente ese descomunal combate.

La raza deicida, que vive en la ciudad sublevada del mundo, forcejeando por arrojar a Dios de la tierra y a la que todos los nacidos pertenecemos menos la Santísima Virgen y su Divino Hijo, está presente en la Cruz, siendo la muerte de Cristo. Misteriosamente, pero con toda verdad, cada obra y cada deseo prohibido que salió del corazón del hombre, ~~produciendo en su espíritu la muerte~~, están ~~ahora~~ ahí clavadas en el Cuerpo moribundo del Señor.

Aquí mismo está también la humanidad santificada que construye, con la paciencia, con la virtud y con el amor, la ciudad de Dios. No hay obra ni deseo buenos, por los que el hombre se llene un poquito más de Dios y se aproxime realmente al ideal que de él se formó su Hacedor al crearlo, ~~que no procedan de ahí: de la suprema santidad de Cristo, dada en mérito y en precio por la salvación de sus amigos, cuando nos vió en riesgo de perecer sin remedio.~~

Toda acción de muerte; hecha en la mentira, desordenada, que procede del hombre, ahí va a dar: en Cristo crucificado. Toda acción vivificadora y santificadora del hombre en la verdad, de ahí nos llega: de Jesús, que nos hace de nuevo hijos de Dios, comunicándonos el mismo Espíritu que El ha recibido del Padre, y el Padre de El, Gloria del Padre. Con lo cual la familia divina viene a extenderse a todos nosotros; a esta gran multitud de los Hijos de Dios vueltos a engendrar en la muerte de Este cuyo amor no conoció ni puede conocer límites jamás.

En la vida del hombre, todo es imaginación y sueño. Todo menos esto: su participación en la Cruz, bien formando porción viva del Místico Cuerpo del Señor, bien dándole la muerte, y muriendo él mismo en la muerte segunda. Si Cristo no hubiera resucitado, vana sería nuestra fe. Pero Cristo resucita al tercer día, y viene a clausurar el tiempo, a derrotar ya de una vez al hombre muerto de la doblez y la mentira; a recoger el triunfo que alegrará las calles dichas de nuestra eternidad en el Señor.

Muchos hemos visto ese momento reflejado en un portentoso lienzo del Greco, el gran visionario cristiano, cuando quiere expresar la resurrección de Cristo y le resulta el cuadro la venida triunfal del último día. O al revés; que de eso no se puede estar seguro fácilmente. Pero sí de que ahí está el triunfo de Cristo. Esa imagen preside desde el principio nuestra alcoa.

Manuel LIZCANO PELLON.

Madrid, julio, 1951.